

requiere; pide con humildad y confianza la gracia que para esto necesitas, y ruega por todas tus obligaciones.

28. — JESÚS SACRAMENTADO, NUESTRO DIOS.

PRELUDIO 1.º Jesús, que está en el Santísimo Sacramento, es nuestro Dios.

PRELUDIO 2.º Representate á innumerables ángeles, que, en torno del divino Sacramento, están cantando al Señor allí oculto el Santo, Santo, Santo....

PRELUDIO 3.º Pide sentimientos de profundo respeto y veneración para recibir dignamente la sagrada Comunión.

Punto 1.º Atributos de Dios escondido en el Santísimo Sacramento.— Considera cuánto pudieras alcanzar y entender las perfecciones de Dios oculto en el Sacramento. Él es el *Ser infinito*, que sin comparación ni proporción excede á todo ser, y en perfección á todas las criaturas, las cuales todas no pueden comprenderle. Su *eternidad* es sin principio ni fin, ni sucesión ni mudanza en su ser; siempre fué, es y será uno mismo y de una misma manera. Su *grandeza* es tal, que llena el cielo y la tierra, siendo aquél su trono y ésta el estrado de sus pies: en su comparación, todas las criaturas reunidas son como una gota de rocío y aun nada. Ante su *majestad* tiemblan las columnas del cielo, y se estremecen de pavor los cielos de los cielos, el abismo, el universo y todo cuanto en ellos hay: tiene por criados millones de ángeles, de los cuales uno solo vale más que todo el mundo. Tanta es su *fortaleza*, que con una mirada hace temblar la tierra, y con tres dedos sostiene el universo. Con su *sabiduría* conoce el número de las estrellas, y llama á cada una con su propio nombre; sabe perfectísimamente todo cuanto fué, es y será, como si ya hubiese sido. Con su *providencia*, sin embarazarse ni cansarse, conserva, provee, gobierna y sustenta todas las cosas, sin olvidarse de alimentar al menor de sus pajaritos y de vestir á cada uno de los lirios del campo. Por su *poder* hizo cuanto quiso en el cielo, en la tierra y en los abismos. Su *bienaventuranza* es propia, y no depende de ninguna cosa; todos los bienes criados no la pueden aumentar un solo grado, ni todos los males disminuirla. Su *hermosura* hace felices á cuantos la ven, y en ella desean mirar los ángeles. ¿Quién podrá decir algo de su *santidad y pureza*, que no le permite consentir en su casa la más ligera mancha? ¿Y de su *justicia* tan rigurosa, que no perdonó á su propio Hijo vestido con el traje de pecador? ¿De su *bondad*, que hace salir el sol para los buenos y malos? ¿De su *misericordia*, que le hace olvidar todos los pecados del hombre que se arrepiente? Admírate que un Señor de tan soberanas perfecciones quiera venir á ti. ¡Oh Señor amabilísimo! ¿Quién es el hombre para que os acordéis de él? ¿O el hijo del hombre para que le visitéis? Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden con-

teneros, ¿cuánto menos la casa estrecha, obscura y sucia de mi corazón? ¡Oh alma mía! Piensa bien quién es el Señor que viene á visitarte, y prepárale con humildes afectos tu corazón.

Punto 2.º Reverencia con que se debe recibir al Señor.— Considera en este punto la profunda reverencia con que debes llegarte al divino Sacramento del altar. Para lo cual servirá en gran manera que recuerdes lo que había dispuesto el mismo Dios acerca de la reverencia con que debía tratarse el arca santa, figura de este soberano Sacramento. Pondera cómo había mandado que nadie se atreviera á tocarla, ni siquiera á mirarla descubierta, ni aun los mismos levitas; y los que se atrevieron á quebrantar este precepto, fueron castigados ejemplarmente. Los mismos sacerdotes, para ejercitar su sagrado ministerio, debían estar completamente limpios y puros, no sólo de pecados, sino hasta de manchas inculpables y aun de defectos puramente naturales. Pues si tal respeto exigía Dios para llegarse á aquella arca, que no era más que una pálida figura del divino Sacramento, ¿qué reverencia, qué profundo respeto exigirá para llegarse, no sólo á tocar, sino á comer este divino manjar? Oye las ordenaciones que dió el Señor á Moisés, cuando se dignó mostrarse en el monte Sinaí: «Ve á tu pueblo, y santifícalos hoy, que laven sus vestidos, y que se preparen para dentro de tres días. En este día Yo bajaré á la cumbre del monte; mas tú le rodearás de una fuerte valla, y dirás al pueblo: Nadie ose acercarse al monte ni tocarle; porque si tienen tal atrevimiento, perecerán». ¿Por qué tal reverencia? ¿Por qué tan extremado respeto? Porque ha de bajar Dios, á quien no puede ver el ojo del hombre. Este mismo Dios se digna bajar todos los días, y se esconde en el divino Sacramento, y no sólo no prohíbe que nos acerquemos, sino que lo permite, lo desea, lo suplica, lo manda. ¡Oh gran Dios! Infundid en mi corazón un saludable temor y vivo respeto de vuestra Majestad infinita. ¿Quién soy yo para acercarme á Vos? Si en vuestra presencia tiemblan los ángeles, ¿cómo no temblaré yo, miserable pecador? ¡Oh alma devota! Santifícate en verdad, borra con lágrimas de dolor todas tus culpas, para no encender con ellas la indignación del Señor.

Punto 3.º Pureza de alma con que se ha de comulgar.— Considera la pureza de alma con que debes acercarte á recibir la sagrada comunión. Mandaba Dios á su pueblo que guardase todo decoro y honestidad, y aun que no consintiesen tener en su compañía los leprosos y otros enfermos repugnantes, figura muy expresiva del pecador manchado y sucio con la culpa. Si esto exigía por la sola razón de que su arca santa, desde la cual daba sus oráculos y comunicaba sus órdenes, estaba en medio de él, ¿que deseará y querrá de ti y de todo el pueblo cristiano, en medio del cual habita en su propia persona, dejándose tocar y aun comer de aquellos que lo deseen? Pondera cómo Moisés no pudo acercar-

se á la zarza ardiendo, sin antes descalzarse; Isaías, sintiéndose manchado de culpas, no se atrevía á fijar los ojos en el Señor que le apareció, hasta que un ángel purificó sus labios con una brasa de fuego; y el mismo Jesucristo no quiso dar su cuerpo á sus amados Apóstoles, sin haberles antes limpiado y lavado cuidadosamente los pies. Pues ¿cómo te atreverás tú á llegarte á este adorable Sacramento, teniendo el alma manchada por la culpa, sin descalzar y purificar los pies, desnudándote de todo afecto terreno, y lavándote de toda mancha, aunque ligerísima? Piensa que si hubieses de ser admitido en la presencia de un Rey de la tierra, quitarías de ti todas aquellas inmundicias y fealdades que supieras le habían de desagradar, y presentándote delante de tu soberano Dios, en cuya presencia los cielos mismos no están limpios y los ángeles cubren su rostro con las alas de puro rubor y respeto, ¿no te dispondrás con la más exquisita limpieza que te sea posible? ¡Oh santísimo y purísimo Señor! Ahora sí que quiero deciros con vuestro amado Apóstol: «Apartaos de mí, que soy un vil pecador». Si miro los días de mi vida, no he pasado uno solo sin ofenderos; si examino mis obras, no hallo una que os sea del todo agradable; si mis pensamientos, los más son inútiles, ó vanos ó perniciosos; si mis palabras, casi todas ofensivas á vuestra Majestad. Y, con todo, ¿queréis venir? ¡Oh alma! ¿Qué pureza necesitas para hospedar al Dios de la santidad? ¿Qué debes hacer para alcanzarla?

Epilogo y coloquios. ¡Qué misterios tan incomprensibles é inefables nos descubre la fe en el Santísimo Sacramento que hemos de recibir! Allí está aquel Dios infinito en toda suerte de perfecciones; eterno, que abraza todos los tiempos; sapientísimo, para quien nada se oculta; potentísimo, al cual nada resiste; justísimo, que sabe castigar con rigurosa severidad al pecador; hermosísimo, bondadosísimo, misericordiosísimo. Y á este Señor has de recibir cuando te llegues á la sagrada comunión. ¡Con qué respeto y veneración debes acercarte! Mira á los judíos, que no se atreven á fijar la vista de puro respeto en el arca santa, ni osan llegarse al monte donde ha bajado la gloria de Dios. Mira á los ángeles; temblando están de temor en la presencia del Señor. Y tú, ¿te atreverás á llegar al altar y comer á aquel mismo Dios á quien figuraba el arca, y que entre truenos y relámpagos bajó al Sinaí? Pero ¿cómo está tu alma? ¿Se halla adornada de pureza y santidad? ¡Cuán angelical debe poseerla aquel que se acerca á recibir este Cordero inocentísimo! No sólo ha de estar libre de pecados, sino limpio de culpas leves, y libre de afectos terrenos. Entra en tu corazón, examínale detenidamente, mira que Jesús le ve y sabe si abriga alguna afición desordenada y que le ofenda. Haz propósitos de mejorarte. Pide gracia para cumplirlos, y ruega por las demás necesidades generales y particulares que te han encomendado.

29.—JESUCRISTO SACRAMENTADO, NUESTRO REY.

PRELUDIO 1.º Jesucristo en la Eucaristía es tu Rey majestuoso, amable y generoso.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en el Sacramento, diciéndote: «Dios me ha constituido Rey sobre Sión, su monte santo».

PRELUDIO 3.º Pide reverencia, amor y gratitud á este Rey.

Punto 1.º Jesucristo es un Rey majestuoso.—Considera cómo en el Santísimo Sacramento está aquel Señor que dice por boca del Profeta: «Yo he sido establecido por Dios Rey sobre Sión, su monte santo, para predicar su precepto». Él lleva escrito en su vestido este glorioso lema: «Rey de reyes, Señor de señores». Su majestad es tal, que excede infinitamente á la de todos los reyes de la tierra. Sentado á la diestra de su Padre celestial, mira á sus pies á millones de ángeles, profundamente humillados, y á todos los santos, que arrojan ante su trono sus coronas, reconociéndole y venerándole por su Rey y Señor, entonándole himnos de alabanza y tributándole todo honor. Rige los pueblos con cetro de hierro, y á una simple insinuación de su soberana voluntad, todas las cosas se someten temblando. La majestad de este Rey es tan propia y personal, que, siendo extremadamente humillado, y de todos sus amigos abandonado en el huerto, con sólo decir «Yo soy», hizo retroceder y postró en tierra á todos sus enemigos. Pondera cómo este Rey de reyes, grande, majestuoso, por el cual reinan todos los que tienen autoridad, está en el Santísimo Sacramento. Mirale al través de los accidentes de pan y vino, y, aunque esté humillado y desconocido, allí tiene la misma majestad que en el cielo, y debe moverte á la misma reverencia que si le vieses en su propia especie. Allí están los ángeles rodeándole y dispuestos á correr á ejecutar todas sus órdenes. Allí está la corte celestial acompañándole, porque donde está el Rey está la corte. Reflexiona que si la reina Ester, al ver la majestad de Asuero sentado en su trono, fué sobrecogida de tal temor y respeto que cayó desmayada en los brazos de las que la acompañaban, ¿qué debiera sentir tu alma ante la Majestad soberana de Jesús sacramentado? Si la vista de un ángel llenó de tal espanto y encogimiento á los ilustres patriarcas Tobías, padre é hijo, que cayeron postrados en tierra, y allí permanecieron por tres horas, ¿cómo quedas tú disipado y frío habiendo visto al mismo Rey de los ángeles? ¡Oh Rey de tremenda majestad! ¿Quién se atreverá á llegarse á Vos, cuya mirada hace estremecer la tierra y cuya voz quebranta los cedros del Líbano? ¿Quién tendrá valor para recibirlos, viéndose cubierto de culpas y sabiendo que vuestros ojos purísimos no pueden ver la maldad? Vos sois mi Rey; regid mis potencias y sentidos, mi alma y mi cuerpo, de modo que puedan ser digna morada vuestra.

Punto 2.º *Es Rey benigno y amable.*—Considera aquí la benignidad y amabilidad de este Rey, que por tu amor ha querido esconderse en la sagrada Eucaristía. Nada hace tan recomendable á los reyes de la tierra como el ver que reciben á sus súbditos, aunque sean pobres y de humilde condición, con benignidad y dulzura. El temor más intenso se apodera del espíritu de los vasallos cuando han de acercarse á las gradas del trono; mas el aspecto benigno y las palabras paternales que salen de los labios del monarca son para ellos como la luz de la aurora que disipa las tinieblas y reanima la naturaleza. Pero, ¿qué es lo que hacen los reyes de la tierra comparado con la bondad de este Rey celestial? Desde el trono eucarístico á todos da cariñosa acogida, escucha piadoso sus súplicas, oye benigno sus quejas y responde á sus preguntas. Oye cómo dice á las puertas del corazón agobiado: «Venid á Mí todos los que os encontráis atribulados, y yo os aliviaré». Aunque no hace acepción de personas, con todo, recibe y habla con preferencia á los sencillos, humildes y desamparados. Con ellos gusta de tener largas conversaciones y tomar parte muy activa en todos sus trabajos. Mira cómo, para alentarte con su benignidad infinita, sin dejar de ser tu Rey, quiere llamarse tu hermano, tu amigo, tu alimento, tu consolador. ¿Has comprendido el sentido de estas palabras y la obligación que te impone la bondad y benignidad de este Rey? Si Él es tan benigno para recibir á los que se le acercan, ¿por qué no le visitas con más frecuencia? Si es tan bondadoso y amante con los que le reciben, ¿por qué no le correspondeste con el mismo amor? ¡Oh Rey benignísimo, que con vuestra dulce mirada disipáis las tristezas del corazón más afligido, y con vuestras divinas palabras alumbráis los entendimientos más oscurecidos! Yo me acerco á Vos, y os pido que me miréis: *Respice in me et miserevere mei*; miradme y compadeceos de mí; miradme para hacerme santo; miradme para infundirme vuestro amor; miradme para llenarme de bendiciones.

Punto 3.º *Es Rey generoso.*—Considera en este punto la generosidad infinita de este gran Rey á quien vas á recibir. Como Él por su sabiduría conoce todas tus necesidades y deseos, y con su poder inmenso las puede remediar, y su misericordia le mueve á ello, nada escasea para tu bien. Pondera la diferencia que hay entre los reyes de la tierra y este Rey del cielo. Aquéllos ponen tributos y gabelas á sus vasallos, y se los piden con rigor; éste se los quita todos, y paga sus deudas con amor: aquéllos empobrecen á los suyos para enriquecerse á sí; éste se empobrece á sí, para enriquecer con su pobreza á los suyos: aquéllos hacen participantes de sus generosidades y regalos á algunos pocos que no los necesitan; éste á nadie rehusa sus favores y gracias: aquéllos viven y se regalan á costa de sus súbditos; éste da vida y regala á sus súbditos á costa suya. De modo que puede

muy bien decir á todos: ¿Qué debí hacer por mi viña, esto es, por cualquiera alma que se haya puesto á mi servicio, que no lo hiciese? Pero en nada manifiesta más evidentemente su generosidad que en los auxilios que nos presta para pelear contra nuestros enemigos. Mirale cómo, para librarte de su poder, Él ha querido bajar del cielo, y colocándose delante de ti, ha emprendido una lucha cruel hasta derramar su sangre y dar su vida para libértarte de ellos. Desde el divino Sacramento continúa guiándote en los combates que libras con tus enemigos; con su carne preciosa te alimenta y da fuerzas; con sus inspiraciones te alienta, y con sus ejemplos te dice que la victoria de sus discípulos consiste en sufrir callando, y en aceptar la muerte, si es necesario, antes que abandonar su servicio. Compara ahora la generosidad de este gran Rey con tu ingratitud monstruosa; lo que Él hace y sufre por ti con lo que tú haces y padeces por Él, y avergonzado de tu proceder, dile: ¡Oh Rey mío y Señor mío! No sólo os quiero dar cuanto tengo, sino aun mi vida quisiera sacrificaros y ofrecéroslo en recompensa de lo que habéis hecho, y en reparación de las injurias que habéis recibido y recibís todavía de los pecadores.

Epílogo y coloquios. ¡Oh alma feliz! ¡Mira que viene tu Rey! Dentro de pocos momentos ha de entrar por las puertas de tu corazón. ¿No te atemoriza su majestad? Es el Rey de los reyes, Señor de los señores: su poder es infinito; y en un instante podría aniquilarte; su sabiduría es inmensa, y ve tu corazón y la frialdad y disipación en que se halla: ante Él tiemblan los cielos y se estremecen los abismos; ¿y tú no tiembles? ¿Tú, que le hiciste traición mil veces? ¿Tú, que le dijiste: no quiero que reinéis sobre mí, no quiero servirlos? ¡Oh Rey inmortal! Vuestra majestad me estremece; pero vuestra bondad, ternura y benignidad dilatan mi corazón, y arrancan de él suspiros vehementes por recibirlos. Este Rey es tan majestuoso como benigno; á nadie desecha, á todos recibe con ternura, para todos tiene palabras de consuelo y amor, y á todos habla el lenguaje que les conviene y que ellos entienden. Si estás inquieto, hablará paz á tu corazón; si triste, te dirá palabras de consuelo; si rodeado de tinieblas, sus palabras te iluminarán más que la luz del sol; si pobre, no escaseará sus dones, porque es infinitamente generoso. ¡Oh! ¡Cuán grande é inefable es la generosidad de este Rey! ¡Cómo resalta si se la compara con la escasez, miseria y mezquindad de los reyes terrenos! Él lo da todo sin esperar nada; Él se da á sí mismo á aquellos mismos que le niegan su amor. Y tú, ¿qué has hecho? ¿Cómo te has portado? ¿Has venerado la majestad de este Monarca, amado su benignidad y agradecido su generosidad? ¿Cómo te has de portar en adelante? Habla á este Rey que ya viene á ti. Renueva en su presencia tus propósitos, y pídele gracia para cumplirlos con perfección.

30.—JESÚS SACRAMENTADO, HUÉSPED DEL ALMA.

PRELUDIO 1.º Quedóse Jesús en el Santísimo Sacramento para ser nuestro huésped.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús mirándote desde el Sacramento y diciéndote lo que á Zaqueo: «Conviene que me hospede hoy en tu casa».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saberle preparar digno hospedaje y de aprovechar la visita.

Punto 1.º *Dignación de Jesús en querer hospedarse en nuestro corazón.*—Considera con admiración cómo Jesucristo se digna venir á hospedarse en tu alma. Para penetrar este misterio de la bondad de Jesús, mírale en el cielo sentado sobre un trono de querubines, á la diestra de su eterno Padre, empuñando el cetro del universo, y servido por millares de millones de espíritus angélicos, atentos siempre á la menor indicación de su voluntad. Y este Señor tan grande viene á esconderse bajo los accidentes de pan y vino para poder ser tu Huésped, penetrar en tu pecho y fijar su morada en tu corazón. ¿Quién jamás hubiera imaginado tal prodigio de amor? Sin embargo, no sólo Él mismo se invita cariñoso, sino que, para moverte con más eficacia á que le des hospedaje, te dice que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, te pide con ternura tu corazón, y te asegura que se halla á la puerta de él, dando repetidas aldabadas para moverte á que le abras y á que consientas en cenar con Él este manjar divino. No contento con tan generosos ofrecimientos, te promete que con Él vendrá toda la Santísima Trinidad, que convertirá tu corazón en un cielo, en el cual morará de asiento. ¡Oh amor infinito de Jesucristo, que nunca se cansa de hacer bien! Pondera para confusión tuya las muchas veces que has cerrado las puertas de tu corazón á este divino Señor, abriéndolas de par en par al demonio, su enemigo y tuyo. Has rechazado á un huésped que te quería dar la vida, y has admitido al que te daba la muerte. Tu corazón se ha convertido en una caverna de ladrones y un desierto habitado de las fieras, pudiendo hacer de él un glorioso tabernáculo y un paraíso de delicias. Pero mira cómo Jesús, incansable todavía, te habla como á Zaqueo, diciéndote: «Conviene que entre y permanezca en tu casa». ¡Oh amantísimo y amabilísimo Jesús! ¿Es posible que resista por más tiempo á vuestra dulce invitación? ¿De dónde á mí que el mismo Rey de cielos y tierra venga á visitarme? ¡Ah! No sólo os admito gustoso, sino que humildemente me atrevo á deciros con vuestro siervo Abraham: «Si he hallado gracia en vuestros ojos, no paséis de vuestro siervo». Venid, Jesús mío; mi alma os desea y no quiere apartarse ya más de Vos.

Punto 2.º *Limpieza que exige tal Huésped.*—Aquí has de considerar la pureza que desea hallar Jesús sacramentado en

la casa donde entra á morar. En la antigua Ley había mandado á Moisés que el santuario en donde se había de colocar el propiciatorio estuviese cubierto del oro más puro y escogido; los vasos que habían de servir en los sacrificios debían ser riquísimos. Si tal limpieza exigía para aquellas ofrendas y sacrificios que no eran más que simples figuras, más ó menos imperfectas, de este celestial convite, ¿qué pureza y limpieza exigirá en el que ha de recibir y comer á Él mismo, representado por las antiguas figuras? Mira cómo, queriendo este divino Señor venir al mundo y tomar carne humana, y debiendo formarse en el seno de una mujer por el tiempo de nueve meses, dispuso que la escogida para tan señalado y excelso ministerio fuese la más pura, limpia, hermosa y agraciada que podía existir. Pues este mismo Huésped que permaneció encerrado nueve meses en las entrañas de la Virgen Santísima, es el mismo que va á penetrar en tu pecho y á morar en él, á lo menos por el tiempo que duran las especies sacramentales. ¿Habías meditado alguna vez esta verdad tan consoladora? Pero ¿cómo está tu alma? Ella ha de ser el cenáculo en que Jesús celebre hoy la Pascua. Acuérdate que para esta festividad, el Señor, olvidado, al parecer, de su amadísima pobreza, dispuso que fuera un salón grande, espacioso, limpio y bien adornado. ¿Reune tu alma estas condiciones espirituales? ¡Oh amantísimo Salvador! Confieso que no me hallo bastante dispuesto para albergaros. Pobre, vil, sucio, miserable, ¿cómo me atreveré á presentarme á Vos? Preparadme, Señor, por vuestra misericordia, limpiadme con vuestra sangre, adornadme con vuestra gracia, enriquecedme con vuestros méritos. Enviad vuestros ángeles para que hermosteen el aposento en que queréis morar. Y tú, alma mía, ¿qué debes hacer!

Punto 3.º *Bienes que da al que le hospeda.*—Considera cómo este Señor riquísimo y generosísimo paga abundantemente el hospedaje que se le da. Durante su vida mortal, en todas las partes en donde entraba dejaba testimonios claros y brillantes de su generosidad. Entró en las entrañas de la Virgen María, y enriquecióla de millares de dones y gracias sin cuento ni comparación. Entró en casa de Zacarías, estando aún Juan en las entrañas de su madre, y desde allí le santificó, llenó del Espíritu Santo á Isabel, y la dió el don de profecía. Entró en el mundo, é hinchóle de luz, de doctrina, de milagros, de salud y de otros mil bienes. Entró en casa de Zaqueo, y con Él entró la salud y la vida en la misma. Entró después de muerto en el infierno, y convirtióle en un paraíso, haciendo en el mismo instante bienaventurados á los Santos Padres que allí se hallaban. Aun el Arca del Testamento, que no era más que una pálida figura de este Señor sacramentado, en cuanto entró en casa de Obededón, atrajo sobre toda la familia las bendiciones más singulares. ¿Qué bendiciones derramará sobre los que le hospedan á

Él mismo? Si este bondadoso Señor ha premiado con abundancia á los que han acogido benévolos á todos sus siervos, prometiéndoles una recompensa igual, ó á lo menos parecida á la que daba á éstos, ¿qué recompensa dará á los que le reciben á Él mismo en persona? Imagínate que desde el Sacramento te dice: «Mira que vengo presto, y conmigo llevo la recompensa». ¿Qué dices á tan tierno y amante Huésped? ¡Oh amabilísimo Jesús! No soy digno de que entréis en la casa de mi alma; pero decid sólo una palabra, y con ella la dispondréis, purificaréis y adornaréis para que pueda hospedaros. ¡Oh alma dichosa! Tu Esposo viene; sal á recibirle, provista con el aceite de la caridad; arrójate á sus pies como la Magdalena para oír su doctrina, y esfuérzate en servirle y obsequiarle como Marta, para que guste de morar contigo y jamás se separe de ti.

Epílogo y coloquios. ¡Oh misterio de amor! Jesús, el Rey soberano de cielos y tierra, que está sentado sobre los querubines, quiere venir á esconderse en tu pecho y á morar, temporalmente á lo menos, en él. ¡Quiere ser tu Huésped! Para esto ha sido preciso agotar, por decirlo así, todos los divinos atributos que posee; pero no importa: ha sido indispensable amasar su carne de la manera más nueva y nunca oída, ocultándola bajo las especies de pan, y por todo pasa Jesús con tal de poder ser tu Huésped. Y tú, ingrato, has preferido dar hospedaje en tu corazón al demonio, enemigo del Señor y tuyo. ¡Qué locura! Sin embargo, todavía Jesús se ofrece á venir, pero has de limpiar la casa de tu alma. No le ofende la pobreza material, ni la bajeza del origen, ni la vileza en que estás respecto del mundo; pero sí le ofendería si tu alma no estuviese limpia y pura. Todos los lugares en que moró debieron estar de este modo preparados, y así debes prepararte á ti mismo, con lo cual podrás esperar abundantes bendiciones celestiales. Mira cómo bendice á Zaqueo, á Marta y María que le hospedan; á Isabel que le recibe en su casa. ¿Quieres ser participante de aquellas bendiciones? Imítalos, dispón tu corazón, llora tus pecados. Haz propósitos de ser para siempre agradecido á su bondad y no apartarte jamás de tan benéfico Señor. Pide las gracias, luces y auxilios que para cumplirlos necesitas, y ruega por todo el mundo.

QUINTA SERIE

DOMINICAS Y FIESTAS DEL AÑO.

ADVERTENCIA. *La presente serie, última de toda la obra, contiene una meditación para cada una de las dominicas y fiestas que ocurran en el año. Muchas comunidades religiosas y personas espirituales gustan consagrar en tales días algún tiempo más á la oración mental, ya oyendo el santo sacrificio de la Misa, ya en otra hora del día, por hallarse desocupadas de los negocios y quehaceres que suelen impedirselo en los días laborables. Para ellas se ha escrito esta última serie, cuyas meditaciones sólo tienen dos puntos, suponiendo que esta meditación extraordinaria no se alargará tanto como la ordinaria; aunque es cierto que las consideraciones que se hallan en cada meditación abren campo para meditar una hora y más, con los auxilios de la divina gracia.*

Como podrá verse, el asunto sobre que versan estas meditaciones es la misma festividad ó el Evangelio de la respectiva dominica. De este modo hemos creído interpretar mejor el espíritu de la santa Iglesia; para lo cual, no sólo hemos procurado acomodar la meditación al Evangelio, sino, además, los dos puntos de que consta cada una hemos querido que se fundasen de ordinario en las antífonas del Benedictus y Magnificat, en las cuales suele condensar la Iglesia el santo Evangelio, ó tocar los puntos más culminantes que abraza.

DOMINICA I DE ADVIENTO.

PRELUDIO 1.º Jesucristo explica á los Apóstoles las señales del Juicio final, y añade que cuando comiencen á aparecer, se alienten, porque se acerca su redención.—(Luc., xxi, 25-33.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús hablando todo esto á los Apóstoles y oyéndolo nosotros con ellos.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de tener vivo temor del divino juicio y firme confianza en la misericordia de Dios.

Punto 1.º Considera aquí con horror las señales que precederán á la segunda venida del Salvador como Juez, á fin de que te prepares para recibirle ahora que viene como Padre. Habrá señales en el sol, el cual perderá su resplandor y se oscurecerá, dejando á la tierra envuelta en densas tinieblas; en la luna, la cual aparecerá como de color de sangre, como dice el profeta Joel, y en las estrellas, que chocarán entre sí y queda-